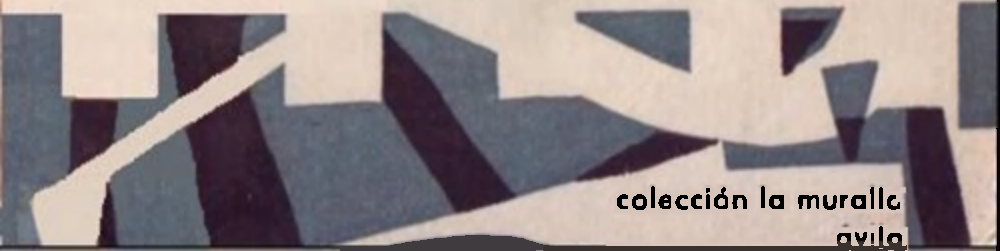


rosa cruchaga
de walker

ramas sin fondo

colección la muralla
ávila

An abstract geometric pattern at the bottom of the cover, consisting of various shades of blue, white, and dark blue shapes, resembling a stylized landscape or architectural structure.

ramas sin fondo

rosa cruchaga
de walker

ramas sin fondo

colección la muralla
ávila

Depósito Legal: M. 14.615-1967

Escuela Gráfica Salesiana: Madrid-Atocha

Prólogo

Estas visiones de Rosa Cruchaga de Walker nos muestran los infinitos rostros ocultos que todo hombre posee, y esa como propiedad radiactiva que los objetos y cosas desprenden cuando se los atraviesa con la mirada de la verdadera poesía. De allí la extrañeza que experimentará el lector cuando lea Ramas sin fondo. Los seres y las cosas se nos aparecen como atomizados, vistos mediante unos ojos por los cuales no ha pasado el tiempo: paisajes de pesadilla; formas extrañas que se funden, de manera insólita, en formas desconocidas, mientras la función normal de la palabra se muestra despojada de su primitivo significado, rotas las relaciones de tiempo y lugar. Y ése es el camino de toda poesía que responda a la realidad oculta de nuestro mundo, puesto que el poema, por mucho que se acerque al mundo real o haya tomado de él sus materiales, es una realidad propia que responde a sus propias leyes, y dentro de esas leyes realiza la función de conmover esos abismos —los buenos y los malos abismos— que todos llevamos adentro.

El permanente deseo de trascender su condición humana — su agua plena da el salto que anodada—, y el sentirse como sujeta en esa misma condición que, de alguna manera, le impide dar el gran salto a lo eterno —con una piedra al fondo de mi vuelo—, constituyen las dos orillas que estructuran el sentido de esta poesía. Penetramos en un mundo donde todo está sometido a la esperanza de ese deseo. Cuando se nos muestra algo tan real como una isla, o cuando se nos coloca ante un árbol, o cuando se nos detiene frente a un guante abandonado, su palabra transmuta la realidad cotidiana, y nos hallamos no frente a una isla, un árbol o un guante, sino ante otra

realidad, la cual funciona de otra manera que nuestra realidad y, sin embargo, nos conmueve. Tal ocurre, por ejemplo, con "Isla Trinidad", "Jazmines", "El guante olvidado" o "La jarra": este último despide ese oscuro temblor de misterio que, a veces, logramos coger en la vida y que sólo la virtud de la auténtica poesía es capaz de retener en la palabra.

Surge de estos poemas un mundo oscuro, dramático, no llevado a su colmo, en ciertas ocasiones, pues la forma parece romperse por el ímpetu que la empuja. Ni nos empalaga la cursilería, ni asistimos a los eternos monólogos llorosos con los que tantas poetisas sudamericanas nos confiesan sus frustrados amores. El lector viajará a través de este libro para sentir, al final del viaje y a través de resplandores de oscuridad, el sonido y la luz de un manantial desde el cual brota, con intensidad y desolación de desierto, el agua de la poesía.

MIGUEL ARTECHE

Padre

Habías de ser muerte, Padre, bajo tu aldaba,
para pagar mi cuerpo, por despejar mi llano,
para inundarme en luz, para vaciar los ojos
y descarnar las manos.

Porque me fuiste el tronco donde me estoy erguida
y ya de gusto vives tierra que me adelantas:
temblamos con tu viento. ¡La misma sacudida,
la misma sed, la misma ceniza en tu garganta!

Con silencio te llamo con el nudo...

Con silencio te llamo. Con un nudo,
con clavo de silencio yo te oprimo,
y te traspaso.

Hijo mío, en un viento de silencio:
raído ya te veo en todo el aire.
Brotaste en mi silencio.

Todo en ti ya lo he dicho sin los labios.
Oigo en ti todo un mundo de palabras
de Dios arrinconadas.

Hijo de mi silencio: tú sostienes
y hiendes mi pared, de ti empapada
como un vaso.

Uva

Como uva me destrozo: es la ternura
que no sé contener en mi frontera.

Uva es mi cuerpo: todo es envoltura
de la muerte que di cuando naciera.

Uva me asomo siempre en la espesura
del nacimiento: a zarpas en la hoguera
el miedo ha puesto un nudo en mi cintura,
y el llanto todo el frío que me fuera.

Toma en mi mano; piensa en esta hoja;
de raíz a raíz grito en la roja
sucesión de las uvas y semillas.

Me abro y me yergo sin saber si muero
por uva no seguirme, cuando espero
salir muriendo en uvas las mejillas.

Olas

Una ola los dos dentro de otra
ola, los dos dentro de un mundo:
todas huyendo en sus espaldas frías.

Ramas

Rama ser siempre, rama siempre en vilo,
y ser agua, también, de llama abierta.
Rama de noche me seré despierta,
ay, por la herida que ya busca el filo.

Más que el rayo cruel bebo el tranquilo
nevar, nevar que no llegó a mi puerta.
El sol me disemina por la yerta
hoja abortada y nieta de ese tilo.

Agua, rayo cruel, nieve en la rama,
soles de filo siempre en esta llama:
amar la tierra pero siempre en vilo.

¡Si toda la raíz me consumiera
adentro, más adentro, donde fuera
voraz otoño con su muerte en hilo!

Miedo

Déjame de cierva, déjame escapada
sobre el monte, donde las olas del trigo
no me alcancen. Siento tu oscura llamada,
tu sed y tu abismo.

Déjame allá arriba: me será la nieve,
me estaré azuzando los vientos del valle:
y así no ha de verme la arrastrada muerte
que el cuerpo no sabe.

¡Déjame de cierva, déjame en huida:
que esta noche al menos me tome dormida!

Lluvia

La lluvia de suaves galgos
lame la sien de mi casa,
y la de abiertos geranios
se marchita en mi ventana.

Sobre una infancia de prados
la lluvia cayó de ovejas;
de cirios caerá en el lago
para alzarse de azucena.

Llueve rojo en los tejados,
y de oro en la sementera,
de látigo en los caballos,
llueve de pie en la vereda.

Yo no sé por qué de anciana
me llueve de manos trémulas.
Será porque estoy cansada.
Será por lo que me queda.

R.

Rosa en sentencia, rosa en esta espina
lacre que corre y corre por mi vena.
Alta en trayecto: casi una azucena
demorada en la muerte que me empina.

Rosa en su sangre: miedo que no atina
más que asirse a unos pétalos; la pena
de un gozo la horadó como colmena:
desde entonces un ala la ilumina.

Charco que te abres: charco que abotonas,
expatriado coral, y me coronas
ungida reina fértil de la arena.

Los huesos clavav, clavav en la risa.
La roca tiembla y tiembla con la brisa.
Rosa en sentencia, rosa en la condena.

Origen

De ceguera mordida y pavorosa,
más que del mar, las olas han nacido.
No del embrión: de ahoga, la paloma;
y del miedo al invierno: todo el trigo.

¿Cómo pude, no en hueco de glaciares,
aprender soledad de tanto filo?
Esta agua, si compacta fue en su madre,
no estaría hecha triza en los caminos.

No es sangre que me corre: esto es un zumo
de agobios que legaron los rendidos.
Más que miedo adherido, esto es un musgo
sobre piedra, reciente, desde siglos.

No pudo ser benigno el sol. No pudo
ser el mismo al que se abren los maizales:
si a esconderse en la tierra tira el fruto,
si la rama desgarrar por volarse...

Creciente

Tres veces dejé mis ojos
en párpados de mis hijos:
aún alzo por atisbarlos,
igual que el vaciado trigo.

Urdiendo esmeradas carnes
de fibra y brazo, he rendido.
Más vacía estoy en venas
que llenaron las del hijo.

Ya sobro en mis años: nadie
tan largo y hondo ha sentido;
por seis brazos los cansancios;
por tres espaldas los fríos.

Yo, desde niña cobarde,
que a la muerte prefería,
cuando de mí, por fin, huya,
más sola quedo en mis hijas.

¿Qué muero en el hondo sueño
sí a mis tiernas seis pupilas
siguen rasgándolas bosques
y ahogándolas neblinas?

¡Ah eternidad sin descanso,
aun cuando el hijo agoniza:
muero otra vez, pero broto
en el vientre de sus hijas!

Elegía

Todo, Padre, está dicho: abre al silencio.
Cumplida está tu voz en el recado
de los lirios de labios entreabiertos.

Se esfuma todo aquí: vete a segura
noche, que sólo en playa vives, pisas
y alzas al viento: le oyes y lo enjugas.

De tu charco saldrán todos los ríos.
Filtrada en ti será el agua que bebo.
Han de sacar su sombra los olivos.

De ti, ¡y en esa ojera de cisterna
que suba a sostenerme tu pupila!

Alamos

Al padre arrastró una lluvia
igual que un pajar vaciado.
Sin luna de sombra suya
a tientas iban los álamos.

La lluvia que abre centenos
me segó el hijo envainado.
Sobre su nieve cayeron
las lágrimas de los álamos.

A mí, la que barre nieblas,
dejó tirada en el campo.
Sobre mi cara deshecha
van galopando los álamos.

Manos

¿Que si las tocan las lluvias
se abalanzan de la sed?
Mil siglos atrás tuvieron
sólo bruma en qué beber.

¿Que a hundir tienden? ¿Que las llaman
unas voces sumergidas?
Antes del tiempo eran una,
en la nada, con las islas.

¿Que al dormir siempre murmuran
silenciados, blancos nombres?
Mis manos fueron los labios
del que ahora es sordo bronce.

Los huertos reman..

Los huertos reman sus ramas.
Cañaveral en puntillas.
Todo se va de mi noche.
¿Noche cóncava de isla?

Nocturno hielo en el mundo.
No es mi aliento el que respira,
si mis hijos me dejaron
caras huecas en la espiga.

El pino —de labios secos—
dice a los trigales: llueva.
Yo no quiero erguir de monte:
¡haya cumbre en que amanezca!

Ni pagar un gozo en este .
hueco, sin árbol, sin luna,
que ya iré a mi entierro eterno:
treinta años a flor de lluvia.

Esta noche ha sido inmensa
para que así la reciba.
Breve muerte me bastara
para tan fácil rodilla.

Muertos

Cuánto debo a los muertos: transparencias
que pliegan en peldaños a la niebla.
Humo que mimetiza el envolverme.
Pan disuelto, poco a poco en mis venas.

Los muertos como manadas de lluvias
por el mundo, van rotando feraces.
En la arena, llorosos y empañados:
son mi sed azuzada por los mares.

Que las madres

Que las madres se hundan en su mirada
envolvente: La muerte honda ha crecido.
Desollado y vestido
el ramo siemprevivo por la nada.

Que las madres trepen a la quebrada
que llevan. Nadie muerto ha rendido,
y nadie dividido
pensó en haber la sombra unificada.

Cual rincones o parvas
se juntan con la lluvia. Como larvas
esmeran su verdosa luz que asusta.

Que se hundan en su brazada
minuciosa: pues cada poro gusta
a mar, y cada gota es separada.

Columpio

Un niño como araña sin sangre
cimbra con su columpio mi cielo.
En su hombro tambalea mi ventana
y se aferra a sus pies el cementerio.

En lo alto de mi aliento ninguna
flor vacila en aroma más cierto:
Como este loto mío que se encumbra
por cordones de muerte al nacimiento.

La jarra

Yo en mi cuarto, sola.
El agua en la jarra oscura.

Siento mis ojos de paja
porque un bosque me perdura
como la cera sin llama.

Como la cera sin llama
que, en témpano, se rasguña
y, en vigía, se acorrala.

El agua en la jarra oscura.

Botines

Voy a darte mis botines de vicuña:
Fuerza rubia que inyéctase en mi sangre
Voy a darte mis botas de vicuña.

Que anoche conté estrellas decisivas:
Conté cien y las cien eran la misma.
Yo calzaba dos saltos de vicuña.

Amor

Sobre tu aliento el alba
como leve pluma oscila.
La muerte tiene un ala que la asombra.

Luna adentro los cipreses
se desangran y son cunas.
Dios exhausto sigue y sigue
por la muerte que perdura.

Envuelto él: como en madre que le brota
hueca, de agua voraz: breve, de rota
sangre. En su suelo invertido que la alza,
en su piel vuelta dentro, a que lo viera.
En solo: con su muerte que le calza
y le entrega su forma verdadera.

Humo

Pues soy de huesos rasos y me obstino
a escalarlos y a andar sobre la muerte:
rezo al humo, Dios Negro, para verte
ondeando inescrutable y adivino.

Tan suave nadas cielo que no atino
a desbordar mi voz. De fuego inerte,
besado y devorado, me entra el fuerte
Amor en que me borro y me culmino.

Tú sientes a mi forma por adentro,
como en las olas de insondable centro
su agua plena da el salto que anonada.

Salvarte, Dios ahogado. Yo te exhalo
en humo como cinta: donde escalo
hueso espiral que se abre en tu lazada.

El guante olvidado

Hoy me hiera evasivo como el tiempo
un guante hueco con un gesto hinchado
Como un túnel que falta demasiado.

Me agobia como el arco de la guerra
su vacío de pie sobre los ayes.
Y el destino que va por cinco calles.

Palabra

Me cimbra una palabra
asomada y esquivada,
como un bosque colgando de una liana.

Como pluma entubada en una tromba
se me da el horizonte en espirales.

Ya el cordón que me trajo se deshizo
como un fuelle de viento que no parte.

Lluvia

La lluvia es un ayer que no puede esquivarse
y al ceñirme la piel me desnuda las manos.

Jazmines

La maceta puntual sin más recuerdo
que su aliento conciso: sin garganta;
en el medio de junio se detuvo
por no doblar la lluvia perfilada.

En su aliento sin brizna me reduzco
al nimbo rosa: vaho de mi cuerpo.
¡Ah! su intención de espuma que desliga
de mi peso un jazmín blanco en extremo.

Con un sosiego de íntima gaviota
rielando intacta sobre abismos grises,
en la oreja de junio desamado
parpadean tibieza los jazmines.

Isla Trinidad

Brasero tras de tanto, tanto mar:
Trinidad encandila.
Cual Moisés extenuado ya me sobra
la promesa cumplida.

Transparencias de palmas me remuerden
los párpados manchados de Tobías.
Desenvainando sigilosos plátanos
como Judit culpable: bebo heridas.

Arca después de tanto, tanto mar
Trinidad no cobija.
Me sigue el agua eterna y dejé abierta
en Aarón la sed íntegra.

Laguna Laja

La piedra mira y anula,
como una esfinge, el ayer.
Ya los bosques hinchan velas:
Va navegando la sed.

Confabula el llanto viejo
con el río por nacer:
que el hombre beba la gracia
y la angustia que fue infiel.

Altura

Ya muéveme tu paz, tu poder ábreme
Torre: para que suba el firmamento.
Quiero ver día limpio, sin la piedra
que tropieza en sí misma: sin mi cuerpo.

Quiero huirle a la sangre en que me atrapo.
Quiero el fango mirar desde tu orilla.
Deja, sin tener que ir, hallar mis pasos:
sin tener que llegar a estar perdida.

Señálame con niebla, hoja por hoja,
la esperanza engarzada en el olvido.
Señálame con sol, piedra por piedra,
la soledad que nadie ha recogido.

Déjame en ti burlarme de mi noche
porque ya no me siguen los barrancos:
y perdonarme, al fin, y que me lllore:
sin tener que pisar sobre mis llantos.

Cita

En mis pasos escucho sus sienas.
No llego. No llego. No llego.
El corazón subterráneo
por los umbrales del pecho.

Me regreso como un ancla
con sabor a lo insondable.
El corazón más ronco
que los mares.

Ventana II

Era el cielo un reloj con dos ramas.
A la silla balanza iba el surco.
En mi cuarto fragüé una montaña.
El vidrio era profundo.

Madres cuzqueñas

En Cuzco las mujeres solas
con su otra cabeza retroceden.
Con sus otras piernas se persiguen
de nuca a cadera: como escalofrío.

Bajo el Arco de Santa Clara
se les encoge la mirada curva.
El árguena cruje como una rodilla
de huesos hincados en la piel.

En el Poniente el Urubamba es negro
y lo plisa la luz de Ollantaitambo.
Las mujeres llevan graderías en la frente
y la Fortaleza jiba sus espaldas.

Lago

El Titicaca no tiene río.
Le desemboca el maná.
El rocío no encuentra yerbas:
pero lámparas del mar.

Entre las olas, la nube.
En las cuencas, el coral.
No falta ni pertenece
al hondo cañaveral.

Van flotando por el hambre
las islas: rubias del pan.
Es un péndulo la lluvia.
El lago es la Eternidad.

Oleanza

Voy y vengo a una playa
que nunca llegaré.
Mi ola de Esperanza
me curva las aguas
en grutas de sed.

Mi ola de Esperanza
me alarga la playa
por dentro del ser.
Voy y vengo
sin dejar de nacer.

Hoy es perspectiva.
El horizonte: ayer.
Solamente mi ola
de Esperanza: Es.

Tren

Centelleaban los rieles en la bruma.
Las hortensias de párpados secos
relumbraban aceite cuando
pasó el tren negro.

Cuando pasó el tren hueco
los perros del mar aullaron
muy adentro.
Pasó una patria por mi vida
sin llevarse mi cuerpo.

Perros largos me tienden
aullidos paralelos.

Limón

Relumbra en la noche un limón.
Cáscara de luz,
estrechad mis ojos en tu zumo azul.
Cáscara de paz,
hazme suave el galope que me va a despertar.

Se te vuelan las hojas
y se nubla mi voz.
Ya podremos decir
enteramente; Dios.

Vendaval

El vendaval aulla
en la chimenea ausente.
Ay niño, cuando me miras
desvanecen las paredes.

El humo como una ojera
por el olvido resbala.
Ay niño, cuando me besas,
gime el viento en la ventana.

El frío araña en las tejas
de los años simultáneos.
Ay niño, cuando morimos:
sigue el péndulo azuzándonos.

Rojo

Como naranja hacia dentro.
Nunca por la mejilla.
Como lago llorando
púrpura sumergida.

En los viñedos rojos
estalactitas arden.
En el cordón sin alma:
el latido de nadie.

Las algas como escaleras,
bajo los mares.

Ramas sin fondo

Me he llenado de voces sin oído,
de futuro con remordimiento.
¿Eres Tú?: dímelo, que el tiempo
cae sin vivirlo.

Como hilacha de luz voy a tientas
en un muro adherido.

El callejón se queda con los pasos.
Inmóvil llueve junto a los precipicios.

Atacama

Hay una cerca que me pregunta:
¿a un lado Cuándo?, ¿al otro Por qué?
Hollín sobre las nubes,
lupas bajo los pies.

La camanchaca arrastra
arenas de mujer.
Medianoche amarilla;
apogeo de la vejez.

Cruz

Dos leños se han encontrado
donde angosto pasa el viento.

Mi adiós ya no va a acabarse.
Me ronda por dentro como
la sed de Dios al vinagre.

No pude darte la mano.
Si te alcanzo caeríamos
la lanza con el costado.

Amurallada

Como el muro, nacida por un miedo,
espero en blanco que se acabe el río.
Que me esculpan el nombre: y sea mío
el aguacero curvo de Toledo.

Mi ojera es mi alma. Mi alma en que remedo
a la almena mordida por rocío.
En lo alto abrume y a los pies me río
con el llanto que fui, y en que me quedo.

Niño ciego

El niño ciego, acertando me mira,
no en el rostro que doy: el que desmiente.
No en el calor de parva recogida,
sino en el túnel delgado de las mieses.

Como una calle intensa, de balcones cerrados,
él habita lo angosto para inhalar altura.
Ni un signo perturba su tersura sin mácula,
de atmósfera sin leyes, ni islotes que las burlan.

El oxígeno le entra como un beso esperado
por sus fiados resquicios: a amorosos dedales.
Las ráfagas llorosas lo ciñen y concentran
en inmenso clavel: maravillado en su sangre.

Hijo IV

Un río que se esconde en las cerezas
me ronda el corazón.

Hijo, ¿me llamas?

Ya no tengo un pañuelo en esta seña:
las gaviotas lleváronse la playa.

En mi garganta atasco el Horeb seco.

Dime, hijo ¿me llamas?

Ninguno llevó el pecho

ni recogió la vara.

El agua lejos se ha encendido
y me ciega el carbón que dentro mana.

Traen negras las señas

las gaviotas que vuelven sin la playa.

Di si falta tu espalda, cuando a solas

vas y vienes por surcos de mi cara.

Mástil

El mástil de un recuerdo
que no asoma
va por la mar perdida.
Hueso de garza.
Ceniza
de pie: temblando en la horca.

Es el asa en la hoz
de luna nueva.
Me acentúa un guión,
me tacha el cielo.
El mástil de un recuerdo
que no asoma
es mi garganta: de muerta.

Ay niño, con tu reloj

Ay niño, con tu reloj
te entrabaste a mis alientos.
Nuestra rueda contra el mundo
dio por chispas los luceros.

Dudamos, con cielo, el polvo
de las profundidades
y volvimos como un ancla
con sabor a lo insondable.

Rojas

Hojas íntimas, sangres asustadas
de su penumbra: que las ha entendido.
Retumban, las más solas, en mi oído
yermo. Y en caracolas, las amadas.

Las que se esconden mueren asomadas
a una sombra de mí, que no he movido.
Las que llueven y las con que he latido,
por la noche hasta el mar, van separadas.

La lluvia aspiro a mares

La lluvia aspiro a mares,
como un miedoso crin
que se encoge en la arena.

La nube cuelgo inmóvil,
cuando parte mi estirpe
de lluvia.

Paz de los días borrados
en el mar de los muertos.

Por encima

Por encima de la aurora
Dios dormido es de un negro inmacillable.
Con su otro infinito iluminado
un poco me amanezco.

De Dios tengo las mitades
en mi mano sombreada y la que fulge.
Nada sé escribir, sin que me falte.
Nada puedo esquivar, sin que me inunde.

Índice

Página

| | |
|---------------------------------------|----|
| Padre | 9 |
| Con silencio te llamo. Con el nudo... | 10 |
| Uva | 11 |
| Olas | 12 |
| Ramas | 13 |
| Miedo | 14 |
| Lluvias | 15 |
| R. | 16 |
| Origen | 17 |
| Creciente | 18 |
| Elegía | 20 |
| Alamos | 21 |
| Manos | 22 |
| Los huertos reman... | 23 |
| Muertos | 24 |
| Que las madres | 25 |
| Columpio | 26 |
| La jarra | 27 |
| Botines | 28 |
| Amor | 29 |
| El | 30 |
| Humo | 31 |
| El guante olvidado | 32 |
| Palabra | 33 |
| Lluvia | 34 |
| Jazmines | 35 |
| Isla Trinidad | 36 |

| | |
|---------------------------------|----|
| Laguna laja | 37 |
| Altura | 38 |
| Cita | 39 |
| Ventana II | 40 |
| Madres cuzqueñas | 41 |
| Lago | 42 |
| Oleanza | 43 |
| Tren | 44 |
| Limón | 45 |
| Vendaval | 46 |
| Rojo | 47 |
| Ramas sin fondo | 48 |
| Atacama | 49 |
| Cruz | 50 |
| Amurallada | 51 |
| Niño ciego | 52 |
| Hijo IV | 53 |
| Mástil | 54 |
| Ay niño con tu reloj | 55 |
| Rojas | 56 |
| La lluvia aspiro a mares | 57 |
| Por encima | 58 |

TITULOS PUBLICADOS:

- 1.—Resta poética, *Miguel Arteché*.
- 2.—Poesía Coreana, *Hyun Chang Kim*.
- 3.—10 poetas abulenses.
- 4.—Ramas sin Fondo, *Rosa Kruchaga*.

ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 22 DE AGOSTO
FESTIVIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
EN LOS TALLERES DE LA ESCUELA GRÁFICA SALESIANA,
PASEO DEL GENERAL PRIMO DE RIVERA, 25
MADRID, 1967

Rosa Cruchaga de Walker nació en 1932, en Santiago de Chile, y ha publicado «Descendimiento», en 1959, y «Después de tanto mar», en 1963.

El primero de ellos obtuvo el Premio Alerce de Poesía de la Sociedad de Escritores de Chile. «Ramas sin fondo» incluye poemas seleccionados de tales libros y muchos inéditos, los cuales pertenecen a otra obra que da título a este cuarto volumen de la COLECCION LA MURALLA.